

El amor de Cristo nos urge

2



**Capítulo 2.
Nuestra vocación y misión
a la luz de los sacramentos.**

CONTENIDOS

2

Oración inicial

3

Vocación y misión

5

Nuestro bautismo: un momento de especial vocación

9

Schoenstatt en salida

11

Para la reflexión

Oración inicial



Tres veces Admirable, benigna y poderosa,
espiritualmente me postro ante tu imagen
en unión con todos los consagrados a ti,
que están dispuestos a morir por tu reino.

Queremos reflejarnos en tu imagen
y volver a sellar nuestra Alianza de Amor.
A nosotros, tus instrumentos, en todo aseméjanos a ti
y en todas partes por nosotros construye tu reino de Schoenstatt.

Tu santuario es nuestro Belén, en cuya aurora Dios se regocija.
Allí diste a luz virginalmente al Señor,
quien te eligió por Madre y Compañera.

En esa admirable fecundidad nos trajiste al Sol de Justicia.
Para que nuestro tiempo pueda mirar la Luz eterna,
erigiste benignamente a Schoenstatt.

Como Enviada de Dios y Portadora de Cristo,
quieres, desde el santuario, recorrer el mundo en tinieblas.

Con alegría sumerge nuevamente al Señor en mi alma, y,
al igual que tú, me asemeje a él en todo;
hazme portador de Cristo a nuestro tiempo para que se encienda
en el más luminoso resplandor del sol.

El universo entero con gozo glorifique al Padre,
le tribute honra y alabanza
por Cristo con María en el Espíritu Santo,
ahora y por los siglos de los siglos. Amén.



(Esta oración forma parte del "Oficio de Schoenstatt" y fue escrita por el P. José Kentenich en el Campo de Concentración de Dachau, Alemania, en 1944. Se encuentra en el "Hacia el Padre".

1. Vocación y misión

La palabra vocación proviene del latín *vocāre*, y significa llamado. Todos tendemos a hacer algo en la vida, a vivir de una determinada manera. Hemos sido creados por Dios con un propósito, con un fin. Dios ha querido para cada uno un proyecto único e irrepetible, pensado desde toda la eternidad:

«Antes de formarte en el vientre, te elegí;
antes de que salieras del seno materno,
te consagré» (Jeremías 1, 5)

En la Biblia se nos narran muchas invitaciones de Dios. Una de las más destacadas es la vocación de María, que nos narra San Lucas en 1,26-38.

En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El Ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: «¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo». Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo. Pero el Ángel le dijo: «No temas, María, porque Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin». María dijo al Ángel: «¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?». El Ángel le respondió: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay nada imposible para Dios». María dijo entonces: «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho». Y el Ángel se alejó.

Ante esta vocación que siempre es iniciativa divina, el hombre puede dar su sí o puede rechazarla. Siendo gratuita, lleva la impronta de la gracia y la bendición. Del sí al llamado de Dios, depende una mayor felicidad y alegría. La respuesta positiva de María, "yo soy la servidora del Señor, que se haga en mí lo que has dicho", generó el cambio más sustancial de la historia: hubo un antes y un después.

Quien tiene una misión ha de cumplirla!

La palabra misión, proviene del latín: "missio". Se traduce por envío, encargo, delegación o tarea que el hombre asume. Presupone acogida, capacitación y fortaleza para concretarla. La Biblia es un compendio de misiones que los hombres recibieron de Dios. Por ejemplo, la misión que Jesús les delega a sus apóstoles antes de ascender al cielo.

Estas dos palabras, vocación y misión, se interrelacionan. La vocación conlleva a la misión. La persona es elegida -vocación- lo es en función de una tarea -misión. En algunos casos esta misión se expresa con el cambio de nombre. Simón será elegido para ser la piedra angular de la Iglesia, su roca inmovible y firme; Jesús le cambiará el nombre en función de su tarea:

"Entonces lo llevó a donde estaba Jesús. Jesús lo miró y le dijo: 'Tú eres Simón, el hijo de Juan: tú te llamarás Cefas', que traducido significa Pedro" (Juan 1,2).

El nombre, en muchos pasajes de la Historia Sagrada, indica encargo. Un adagio latino reza: "Nomen est omen": el nombre es un destino, es una misión.

Ser cristiano es una vocación, un llamado. Dios pone su mirada amorosa sobre un hombre -niño o grande, mujer o varón- y lo elige como su hija o hijo. No hay razón por la cual Dios llama a alguien, salvo su amor, su beneplácito.

En el río Jordán, mientras Juan bautizaba a Jesús, se manifestó esta elección: mientras el Espíritu Santo se hacía presente en forma de paloma, se oyó una voz que decía:

"Este es mi hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias" (Mt 3,13-17).

2. Nuestro bautismo: un momento de especial vocación.

El Bautismo es el sacramento "de la iniciación", por ser el primero y la puerta de la gracia. Por el bautismo, palabra que viene del griego y significa "sumergir", la persona es sumergida en la muerte y resurrección de Jesucristo; de esa forma es elegida como hijo predilecto de Dios.

En ese momento, aunque exteriormente no llegue a percibirse, hay un cambio sustancial: el despojo del hombre viejo y el inicio de la vida nueva. Dios "adopta" al hombre como a un hijo y éste recibe la gracia de serlo para siempre. El bautismo, un sello indeleble que nunca se borrará es tan importante, que San Pedro lo comparará con el diluvio en el tiempo de Noé (1 Pedro 3,18-21). La tarea de bautizar es la misión fundamental de los apóstoles:

"Acercándose, Jesús les dijo: 'Yo he recibido todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo

Como consecuencia del llamado -vocación- el cristiano vive una vida nueva: la redención o liberación conquistada por Jesucristo en la cruz y sellada con su resurrección. Pablo se lo describe a los cristianos de Roma:

"¿No saben ustedes que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, nos hemos sumergido en su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva. Porque si nos hemos identificado con Cristo por una muerte semejante a la suya, también nos identificaremos con él en la resurrección.

Comprendámoslo: nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él, para que fuera destruido este cuerpo de pecado, y así dejáramos de ser esclavos del pecado." (Rom 6,3-6).

El bautismo es morir a la vida antigua para comenzar a transitar un nuevo camino. La meta del mismo -de esta peregrinación- es el cielo y la santidad. Pero es un camino que nunca transitamos solos, sino en comunidad. No es un dato menor: los "llamados", lo son también a vivir en comunión, a formar la Iglesia -Ekklesia significa asamblea- a amarse unos a otros, como Jesús nos indicó. La vocación personal tiene una dimensión eclesial, no es nunca individualista. Por eso no hay vida cristiana sin comunidad.

El bautismo involucra también una misión

Esta vocación compromete a una misión. Es la participación de la misión de la Iglesia, a la cual nos incorporamos por el bautismo. Durante mucho tiempo el término "misión" estuvo relacionado con la evangelización en países asiáticos y africanos: por ej. "la misión en Nigeria", "la misión entre los eslavos", etc. Era una acción que se realizaba desde el centro -Roma, Europa- hacia la periferia y con una fuerte impronta proselitista. Como el término misión había sido determinante en el Imperio Romano, la palabra estaba imbuida de un carácter militar: la misión militar.

En el Evangelio no hallamos la palabra misión, aunque sí "testimonio" (191 veces); también la expresión "anunciar la buena nueva", "evangelizar": es la tarea del apóstol, por tanto también de la Iglesia y del cristiano. La buena nueva es la buena noticia; como la que trajo el ángel a los pastores la noche del nacimiento de Jesús. Es un gran gozo, que supera toda expectativa. El concepto de "envío" -"ser enviado"- es el que mejor se asocia al concepto de "misión"

«Yo los envío como a ovejas en medio de lobos: sean entonces astutos como serpientes y sencillos como palomas.»
Mt 10,16

En nuestro tiempo la misión se comprende como "salir", ya no a tierras lejanas, sino al mundo circundante. Es salir de la sacristía y de los reductos seguros de la fe, para ir a un mundo que se volvió pagano y lejano al Evangelio. Los últimos Papas nos hablaron de la "nueva evangelización", para expresar este nuevo comienzo de la transmisión del Evangelio a nuestro mundo.

En resumen, la misión es el envío que surge del compromiso bautismal de proclamar la buena nueva de Jesús. Es testimonio y anuncio: apostolado.

La misión implica cuatro acciones fundamentales:

a. Testimoniar la buena nueva de Jesucristo, su muerte y su resurrección. Esto suele definirse con una palabra griega que significa testimonio: "kerigma", que significa anuncio, proclamación. Es la acción de los cristianos después de la partida de Jesús.

b. Servir a los hermanos, especialmente a los más humildes, los pobres, los enfermos y los niños. A esta acción misionera suele llamarse con la palabra griega "diaconía", literalmente, servicio. También se la llama "caritas": caridad, amor. Una expresión suprema del servicio es el lavatorio de los pies en la última cena.



c. Unir y trabajar por la paz y la comunión. Es cumplir el legado de Jesús: que todos sean uno y que se amen los unos a los otros como Él nos ha amado. Sabemos que en esto reconocerán los demás a los discípulos del Señor. Esta dimensión se la llama "koinonia", que significa participación, unión, comunión.

Los Hechos de los Apóstoles narran esta comunión en la comunidad primera donde todo lo tenían en común, como una expresión profunda de la unidad que ellos sentían en Jesús (Hech 2- 4).

d. Rezar y celebrar. La liturgia y la oración son parte de la misión de la Iglesia. Uno de los libros más antiguos de oración, que utilizaba los cristianos en sus ceremonias se llama "Didaje", palabra griega que encierra esta cuarta dimensión de la misión. Tiene aspectos relevantes como la vida de oración, la participación en los sacramentos y también la organización interna de la Iglesia.

Dos de estas dimensiones están orientadas hacia fuera; otras dos hacia dentro. Kerygma y Diacononía son misiones de la Iglesia hacia afuera. Koinonía y Didajé edifican a la comunidad y se orientan hacia dentro. Las cuatro dimensiones se condicionan, formando la gran tarea de la Iglesia. Sin comunión y oración no puede haber verdadera predicación ni servicio. Pero a su vez la "caritas" y la "predicación" son fuente de renovación y crecimiento al interior de la comunidad. Es un círculo virtuoso de retroalimentación.

La Iglesia primera elige y envía a los cristianos a misionar.

Jesús envió a los apóstoles y discípulos a proclamar el Reino, la Buena Nueva. Cuando el Señor partió, ellos eligieron a otros hombres y mujeres y los enviaron, como Jesús lo había hecho con ellos. Ahí comenzó una interminable cadena de enviados, es decir, de misioneros. Desde un vamos la Iglesia fue "Iglesia en estado de misión", de misioneros y testigos de Jesús. El presupuesto que hallamos en San Pablo, el gran Apóstol de las Gentes, es la vivencia de la unidad y la disponibilidad para vivir la misión en comunidad:

"Por eso, ya no hay pagano ni judío, circunciso ni incircunciso, bárbaro ni extranjero, esclavo ni hombre libre, sino sólo Cristo, que es todo y está en todos. Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión. Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Sopórtense los unos a los otros, y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro. El Señor los ha perdonado: hagan ustedes lo mismo. Sobre todo, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección.

Que la paz de Cristo reine en sus corazones: esa paz a la que han sido llamados, porque formamos un solo Cuerpo. Y vivan en la acción de gracias.

Que la Palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza. Instrúyanse en la verdadera sabiduría, corrigiéndose los unos a los otros. Canten a Dios con gratitud y de todo corazón salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por él a Dios Padre." (Col 3, 11-17).

Esta fuerza imparable, fruto del Espíritu Santo hace que la Iglesia no se enfoque en primer lugar en la organización o la estructura, sino en la conversión y el testimonio. El grado máximo del testimonio es el martirio. Y fue esta sangre "la semilla de nuevos cristianos". Es la radicalidad del "sí" a Dios, la vivencia del amor "hasta que duela". Como Jesús, que "habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo". Ya lo había dicho en la última cena en una autoafirmación:

"Nadie tiene más amor que aquél que da la vida por sus amigos" (Jn15,13).

3. Schoenstatt en salida

Lo que es propio de toda la Iglesia, tiene que serlo de todo cristiano y de los Movimientos que surgieron en el seno de la Iglesia. Es un imperativo para Schoenstatt, que desde un vamos se concibió como movimiento apostólico. Las cuatro dimensiones de la misión –transmitir el mensaje, servir a los más necesitados, vivir la comunión y unión fraterna y apostar a la santidad y la intimidad con Dios- fueron metas que se avizoraron desde su fundación. En estos ámbitos se plasma y forja el hombre nuevo en la nueva comunidad.

Lo primero que se vivenció fue la Alianza de Amor con la MTA, como encuentro personal con Ella. Alianza que transforma y que da vida. Rápidamente los primeros schoenstattianos sintieron el ímpetu de regalar a otros lo que gratuitamente habían recibido: la centralidad de María, la Alianza, el trabajo consigo mismo -la autoeducación-y el vínculo al Santuario. La Primera Guerra Mundial fue la gran ocasión para hacerlo. Conocemos el ejemplo de José Engling y de otros, dispuestos a renunciar a toda seguridad para jugarse por el hermano (“Quédate camarada, yo voy en tu lugar”, le dice a un soldado que temblaba de miedo al ser seleccionado para una patrulla peligrosa). Otros atestiguan lo mismo: emergen de las trincheras para azuzar la confianza y estimular la esperanza. No son jóvenes encerrados en sí mismos, sino apostólicos y luchadores. Fruto de esa labor misionera serán los jóvenes y las primeras mujeres que llegarán a Schoenstatt después de la guerra.

Algo similar sucederá durante la Segunda Guerra Mundial. En Dachau, el P. Kentenich fundó “La Internacional Schoenstattiana”, con sacerdotes que estaban prisioneros como él y que sellaron la Alianza de Amor con María. Ellos se encargarán de vivir esta vocación e irradiarla después de la guerra, en los diversos países a los cuales retornaron.

Muchos años más tarde, en la década de los 80, surgirá la Campaña del Rosario, una iniciativa de la Providencia que cuajó en el corazón de un brasileño enamorado de María: Joao Luiz Pozzobon. En el sur de Brasil, a la sombra del Santuario de Santa María en Rio Grande do Sul, él comenzó a llevar la imagen peregrina de la Mater ter Admirabilis a los hogares, colegios, cárceles, pensionados. Bajo la consigna “Ella es la gran misionera, Ella obrará milagros” la Campaña llegó a otros lugares; hoy se encuentra en cerca de 50 países. La Campaña es como una segunda visitación de María, que surge presurosa de su tierra para llevar a Jesús a su prima Isabel y asistirle con su ayuda hasta que dé a luz a Juan Bautista.

A los 100 años de su nacimiento, en el año 2014, el Movimiento se redefinió como “Schoenstatt en salida”. Desde entonces hasta hoy sentimos cada vez más la fuerza, este imperativo que revive el ímpetu de los primeros schoenstattianos.



Audaz en el riesgo.

«El viento sopla donde quiere: tú oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con todo el que ha nacido del Espíritu»

Una de las novenas más difundidas del P. Kentenich lleva este título. Caracteriza muy bien la vida del Fundador y es ejemplo para sus hijos.

Se definen dos actitudes fundamentales de la misión: audacia y riesgo.

Hace falta audacia para abrir caminos nuevos. El Espíritu sopla donde quiere (Jn 3,8) y su creatividad desordena nuestros planes, haciendo nuevas muchas cosas. La prudencia es una de las virtudes cardinales, pero mal entendida puede llevar a la comodidad, a huir del riesgo de la fe y la audacia de la misión.

La audacia implica enfrentar el apostolado sin temor a las dificultades o el qué dirán. En otros tiempos, los misioneros fueron capaces de dejarlo todo para ir a tierras lejanas y llevar el Evangelio. Hoy la audacia consiste en no tener miedo a manifestarse cristiano, a defender los valores de Cristo y a ofrecer su tiempo y tranquilidad para difundir el Movimiento. Si la presencia de la Mater en el corazón no ha llevado a regalar tiempo valioso para la fe, es porque el corazón no está aún encendido por la misión.

Para eso hay que recordar la promesa de Jesús: "No tengan miedo" (Mc 6,50), "yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo" (Mt 28,20).

Audaz en el riesgo vive el schoenstattiano dejándose llevar por el viento del Espíritu, que con sus dones genera fortaleza, valentía, sabiduría y libertad en la proclama. Audaz es quien se hace cargo de las fragilidades y miserias propias y ajenas del camino. Es lo opuesto a la pereza.

El núcleo del Movimiento es la Alianza de Amor con María en el Santuario. La hemos concebido como una forma de revitalizar el bautismo y por eso de encender el fuego que se nos entregó aquél día. La tercera gracia del Santuario: el envío y la fecundidad apostólica. El schoenstattiano apuesta a esta gracia y se deja moldear por ella. Nos motiva las palabras de la Encíclica Evangelium Nuntiandi, San Pablo VI:

“Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad.
(Pablo VI, EN, 18-19)



Para la reflexión:

1. Un amor desbordante es siempre atractivo. La misión es manifestación de una vida nueva. ¿Nos consideramos lo suficientemente misioneros? ¿Hacemos "atractivo" el mundo de Cristo y de la Mater?
2. ¿Hacia dónde estamos mirando, ya sea como matrimonio, como grupo de Schoenstatt, hacia adentro o hacia afuera? ¿Nos sentimos motivados para ir a llevar a otros el mensaje de la Alianza de Amor con nuestra Madre?
3. ¿De qué forma sentimos que la Mater nos regala desde nuestros Santuarios la gracia del envío apostólico?
4. ¿Cómo salir de nuestros muros?